

MES DEL MAR

Discurso del Sr. Comandante en Jefe de la Armada y Miembro de la H. Junta de Gobierno, almirante D. José Toribio Merino Castro, al inaugurar el Mes del Mar.



COMPATRIOTAS:

Siguiendo un mandato que ansiamos sea una tradición muy chilena, celebramos nuevamente y por cuarta vez consecutiva, el mes del Mar. En esta ocasión queremos enviar nuestro mensaje a la juventud de mi patria, porque allí donde está el corazón de la juventud, allí está también el espíritu del porvenir.

Desde los tiempos más remotos, el mar ha sido para el hombre inquietante fuente de inspiración. Podemos afirmar, al compás de lo que nos enseña la historia, que fue por los surcos de las aguas, siguiendo el rumbo de las estrellas, cómo los hombres y los pueblos alcanzaron nuevos horizontes, nuevos espacios y nuevas tierras, que ampliaron las existencias y las vidas, transformándolas en culturas y civilizaciones. Primero fueron los ríos los que enmarcaron a los pueblos primitivos; más tarde, las cuencas reducidas de los mares interiores; y por último, los espacios infinitos de los océanos. Los anales de la superación humana, de sus eras y de sus épocas, están medidos por las singladuras de aquellos osados pilotos, conquistadores de lo desconocido; y tras las estelas de las naos des-

cubridoras llegaron los ejércitos con sus fulgentes espadas; los pacientes misioneros, con el divino emblema de la cruz; los científicos con sus fórmulas redentoras de la naturaleza bravía, los colonizadores con el empuje de su voluntad; los artistas con la magia de sus creaciones; en fin, el hombre que se hizo pueblo en la tierra nueva, la sangre que se hizo patria en el confín. Así nació América, así nació nuestro Chile, de la matriz infinita del océano, fecundada por los adelantados de la epopeya civilizadora.

Y hemos elegido mayo como el Mes del Mar porque el péndulo de la historia se detuvo, ante el pasmo del universo, en una hora que fundió en el instante supremo, el valor con la muerte, en un inmarcesible destello de gloria. La gesta de Iquique no es el canto a la victoria; no hay en él ni vencedores ni vencidos; es un holocausto consumado sobre el altar azul del océano, teñido de patria por sangre de héroes.

La lección sublime que nos legaron con su sacrificio el capitán Prat y sus compañeros de la "Esmeralda", traspasa el tiempo como un rayo de luz. Su sacrificio no fue la respuesta automática del arrojo en el fragor del combate, ni la llamarada instantánea de la temeridad contra el enemigo, sino que fue una meditada, consciente y serena resolución. Entregar la vida en la convicción de que esta suprema dádiva se transformaría en un ejemplo que ningún chileno a través de los siglos, podría dejar de seguir. Así lo exige la honra que significa haber nacido bajo esa bandera que, clavada en lo alto del mástil, iluminó el mar de Chile con su glorioso tricolor.

El mandato del mar es una intuición repetida a lo largo de la historia de Chile. Fue Hernando de Magallanes en 1520, cuyo periplo se conoce como la mayor hazaña de la humanidad, quien primero tocara las costas de Chile. Desembarcó en ellas, bautizó los accidentes geográficos, dio gracias a Dios, en la primera misa que se oficiara en nuestra tierra.

Más tarde es Pedro de Valdivia quien organiza expediciones marítimas para reconocer nuestros archipiélagos del sur. Y así, a través de los tiempos, los chilenos siguen vinculándose con el mar.

Son siempre los gobernantes más visionarios aquellos que ponen sus ojos e ima-

ginación en los horizontes oceánicos. O'Higgins, el Padre de la Patria, crea con esfuerzo inaudito la Primera Escuadra Nacional. Esta tendrá como orgulloso cometido llevar la antorcha de la libertad hasta el Perú, entregando a la nación hermana ese cargamento de ideales que culminará con su independencia. Portales, años más tarde, con visión genial organiza nuestra Marina Mercante y Chile, hasta entonces reducido a las estrecheces de sus valles, se desborda en un crecimiento que es el asombro de América.

Así desembocamos en el siglo veinte, en el cual, junto con perder conciencia marítima, se amenguó nuestra gran prestantia como nación. Es que la grandeza de Chile, está íntimamente relacionada con su crecimiento marítimo!

Poco a poco vuelven a abrirse hacia el mar los ojos de los estadistas. Se concreta la idea de anexar la Antártida como una realidad territorial de la República. Es un decidido paso hacia adelante y la Armada Nacional cruza el Mar de Drake y clava nuestra bandera en los hielos polares.

Años después, es a don Gabriel González Videla a quien le cabe, como Presidente de Chile, la honra de formular el derecho de las naciones a extender su soberanía marítima a 200 millas de sus costas. Son apenas tres países los que firman la Declaración. Con Perú y Ecuador, damos la batalla en los campos de la diplomacia internacional. Hoy, son casi todas las potencias mundiales las que han adherido a la tesis sostenida por Chile.

Esto ha significado duplicar con creces la superficie de nuestro territorio continental, es decir, que así como tenemos más de setecientos mil kilómetros cuadrados de terreno en el continente americano, tenemos más de otro tanto de mar en la franja costera de las doscientas millas, que son también parte inalienable de Chile; lo mismo sucede con nuestro territorio antártico e insular oceánico.

Pero el mar no es solamente historia, fuentes de derechos, ni un simple camino. En su seno, como en un enorme cofre se guardan los recursos básicos para la vida del hombre. A medida que la ciencia avanza, se descubren nuevas riquezas reales y potenciales, que son sin duda la gran reserva del mundo de mañana. Lo que fuera una tenebrosa incógnita en el pasa-

do remoto, una incierta vía de aventuras en el renacimiento, un camino de expansión y de conquista para los grandes imperios más tarde, es hoy una realidad diferente. Ya ha dejado de ser un medio tangencial al hombre, un gran espacio vacío. El mar ha ganado una dimensión: primero fue línea, luego superficie, ahora es volumen. En el seno del mar, disueltos entre sus aguas, decantados en su sima o irrumpiendo desde sus fondos, están los elementos esenciales para el porvenir de la humanidad. Cada día nos sorprendemos con nuevas aplicaciones de su infinita flora; de la variedad y condiciones de los seres de su fauna, y lo que es aún mucho más sorprendente, la abundancia de elementos minerales y energéticos que en el mar se contienen.

En más de una ocasión, hemos tenido oportunidad de revelar las condiciones alimentarias de un pequeño crustáceo llamado krill, que se encuentra en enormes bancos en nuestros mares antárticos. Sus reservas de proteínas constituyen, posiblemente, una de las bases de la alimentación futura de nuestro pueblo y de los pueblos de América y del mundo. También son muy conocidas las grandes riquezas ictiológicas, que por fortuna, en un ritmo creciente, aumentan nuestras exportaciones, produciendo un raudal de divisas que está contribuyendo al equilibrio de nuestra balanza de pagos. También, en otras ocasiones, hemos señalado los enormes adelantos realizados en nuestra marina mercante, multiplicando el tonelaje de nuestras naves con unidades modernas y eficientes, de manera que barcos chilenos cada vez participan más en el transporte e intercambio comercial de nuestro país con las otras naciones del mundo.

Todo este cuadro histórico, jurídico, económico de fulgurantes perspectivas, se presenta hoy a Chile como una disyuntiva

de su destino: permanecer de espaldas al mar, en un desarrollo moderado pero insuficientes para las esperanzas nacionales, o enfrentar el desafío y ampliar los horizontes de la patria, desde la cumbre de los Andes y los valles, hasta el seno del Océano Pacífico.

Es por eso que este año dedicamos el Mes del Mar a la juventud de Chile. Haremos todos los esfuerzos por difundir la importancia que el ámbito marítimo tiene para nuestra República. Pero será tarea vana del Gobierno, si la juventud no recoge nuestra voz y la multiplica, con el entusiasmo y vigor de su espíritu. Los jóvenes deben recordar, como lo dijera el inmortal Lope de Vega, que "En los campos de la vida no hay más que una sola primavera", es la de ustedes, y es, mis estimados jóvenes de Chile, con el sol de esa primavera donde germinan ideas, donde el cuerpo y el alma encuentran las fuerzas y la gallardía para realizar todos los imposibles.

Cuando desde lo alto del puente de los años, con ojos cansados, pero todavía llenos de ilusión, miro hacia los horizontes de mi patria, con la autoridad que da la experiencia, afirmo que el Chile que estamos forjando, será cada día más grande, más libre y más fuerte. Y esa fortaleza, libertad y grandeza, están en manos de ustedes, los jóvenes, si es que saben incorporarse en este momento histórico, a la marcha patriótica y acelerada de progreso en que está empeñado nuestro Gobierno.

Con emoción de viejo marino abro en la celebración del Mes del Mar, un amplio ventanal de esperanza para la juventud de mi patria, y la invito a asumir un papel de vanguardia en la gran cruzada que conquiste, para el bienestar de los chilenos "ESE MAR QUE NOS PROMETE UN FUTURO ESPLENDOR".

